

Volver Atrás

Oscar Fuentes Henríquez

Copyright© Oscar Alejandro Fuentes Henríquez

Copyright© Volver Atrás

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción parcial o total de esta obra, su tratamiento informático, ni su transmisión por cualquier medio sea este, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

Índice

[Remordimientos](#)

[Vivir Los Problemas Del Pasado, Otra Vez, Y Peor](#)

[Empieza El Escarmiento](#)

[Paula Y Yo, Edi Y... ¿Javiera?](#)

[Amistad Con Javiera](#)

[Orgulloso De Ser Amigo De Las Odiadas](#)

[La Nueva Vida De Paula Lejos De Mí](#)

[Carroceles](#)

[Peligro Inminente](#)

[El Gigante Cadena](#)

[La muerte Se Acerca](#)

[Conspirando Contra La Muerte](#)

[Secretos De Pedro](#)

[Priscila](#)

[La Muerte Se Aleja](#)

[La Verdad](#)

[Adiós](#)

Remordimientos

Edi me había enviado un mensaje hace unos días, me preguntó: “¿Supiste lo que le pasó a Javiera?”. Yo no sabía que pensar, “tal vez se quebró una pierna”, me imaginaba. Unos días más tarde, alrededor de las 20 horas, me encontré otra vez con Eduardo por internet, inmediatamente le pregunté por Javiera, y su respuesta fue “se suicidó el jueves de la semana pasada”.

La noticia me chocó. Nunca me lo habría imaginado. ¿Suicidarse? Tenía 19 años y una vida por delante, y había dejado de existir hace una semana. Le pregunté a Eduardo por algunos detalles, “¿Por qué? ¿Dónde ocurrió? ¿Cómo lo supo?” En fin, me dio un link de un diario de la zona, y leí la información por mí mismo.

Se suicidó con su pareja, es decir, su pololo, en una ciudad cercana. Él era mayor, un tal Pedro Martínez, de 28 años de edad. ¿Veneno? Ojalá, pero fue con un cuchillo. Él le quiso perforar el corazón a ella, pero falló y le perforó el pulmón. Él se cortó la yugular. Ella tuvo una muerte dolorosa y prolongada, y murió ahogada con su sangre. Él murió más rápido, de hemorragia. El motivo, estaba en investigación. La hipótesis, era que por unos mensajes póstumos, tenían planeado suicidarse para acabar con sus “muchos problemas”, es decir, fue de mutuo acuerdo, no es que la hayan asesinado a Javiera. Por lo tanto, creo eran depresivos con tendencia suicida, y eso hicieron, se suicidaron.

Rápidamente pensé en Javiera, en que hace ya mucho tiempo que no hablaba con ella, y que nunca había sido mi amiga. Fue una ex compañera, yo la encontraba simpática, pero nunca tuvimos tanto contacto como para ser amigos. En realidad, un sentimiento de culpa me embargó. ¿Por qué? Porque yo la quise, no en sentido romántico, sí no que como persona, pero nunca quise ser amigo de ella, porque me daba miedo. Es que a ella le hacían burlas, –es lo menos que le hacían– y casi todas las mujeres la odiaban. En fin, sin cruzar palabras, mi curso acordó mantener aisladas a las “Odiadas” –a Javiera y a Coni, su amiga de quien hablaré más adelante– de manera que cualquiera que hablara con ellas era objeto de burlas, de papeles con escupo en la cabeza, de cloro en la ropa, y definitivamente no era un

futuro nada agradable para mí. Bueno, entre otras cosas, no fui amigo de ella por cobardía. Me dio miedo enfrentar a mis compañeros y sus burlas. Yo sabía que ella necesitaba que la defendieran, necesitaba a alguien que la apoyara, alguien más que solo Coni, su íntima amiga. Pero bueno, la deje sufrir su martirio sola, y ahora ella estaba muerta. Pude acompañarla en sus sufrimientos, y no lo hice. Fui un cobarde, y la culpa se siente mal.

¿Quién me podía juzgar? Mis compañeros de clase no sabían que ella me agradaba, por lo que nunca supieron que si no me junté con ella, fue por cobardía. Supongo que nunca pensaron nada, pues yo tenía mi grupo también, y no estaba solo, al menos no para los ojos de mis compañeros.

Con el tiempo, después de separarnos en el liceo, ella ya no estuvo en mi cabeza. Nunca fuimos amigos, nunca fuimos confidentes, solo fue una compañera, como tantas otras que uno tiene, en las que uno no gasta un segundo de su tiempo en recordar, en traerlas a nuestras mentes.

Su muerte no solo me producía un sentimiento de culpa, sino que, también me hacía producir una sensación extraña, era como de vacío, era como pensar: “qué lástima, como es este mundo de locos...” Y no es que creyera que Javiera se había suicidado de loca, si no que pensaba en que este mundo está loco... En que las personas para salir adelante, si no se dan ánimos solos, nada bueno les es seguro, porque el mundo no te anima, si no que te quita las fuerzas de luchar, de vivir... Y es ese mundo sin criterio el que creo culpable de la muerte de Javiera.

Bueno, yo seguía frente al computador, y mi ex compañero de trabajo, Eduardo, me seguía hablando de ella. Me parecía extraño estar hablando con Eduardo, después de tanto tiempo sin hablarnos. No era que nos hubiéramos enojado, si no que hablábamos en el trabajo, y después que nos separamos cuando yo me vine a vivir a Chillán para estudiar, dejamos de hablarnos. Nunca fuimos muy amigos, pero sí que lo consideraba agradable.

Me empecé a dar cuenta durante la conversación, de que le dolía de sobremanera la muerte de Javiera. “¿Por qué?” Me preguntaba a mí mismo. Repasé brevemente

en mi mente, la relación entre Eduardo y Javiera. Eduardo supo de Javiera por mi facebook. Ella era mi compañera de colegio, y la tenía en mi lista de amigos. A Eduardo le pareció muy bella en las fotos, y me pidió que lo ayudara a conquistar a Javiera. Hice lo que pude, y no hubo caso. Lo único que ella me decía, es que no le gustaban los gordos, y Eduardo era gordo. Eso, hace unos dos años. Según yo, esa fue toda la relación entre ellos, pero no explicaba porque él estaba tan afectado por su muerte, pues él no hablaba con ella hace unos 2 años.

Luego lo entendí. Me dijo que ella se le fue, justo cuando había logrado hacerse amigo de ella. De hecho, me dijo que notaba que él era especial para ella. Ahora las cosas eran diferentes. No sé cuándo, pero él logró tener contacto directo con Javiera, y empezaron a hablar, y hasta lograron ser amigos, y... Aquí estaba lo triste: Eduardo se había enamorado de Javiera. Cuando lo comprendí me dio mucha pena. Sabía que del otro lado del computador había un hombre destrozado, que lloraba la muerte de la mujer que amaba, y que debía sentir mucha impotencia, y que debían ser amargas sus horas, desde que ella murió.

Me dijo que se sentía muy mal, y que tenía remordimientos. “¿Por qué remordimientos?” Le pregunté. Me explicó que él nunca se confesó, nunca le dijo que la amaba. Se imaginaba, que si hubiera tenido más valor para expresar su amor, las cosas se hubieran dado diferente. Si hubiera separado a Javiera de su pololo, para que ésta fuera su polola, ella no se habría suicidado. Si ella necesitaba ayuda, él no la habría animado a suicidarse, por el contrario, hubiera hecho todo lo posible para hacerla feliz, y que las penas que le quemaban el corazón se hubieran enfriado.

No sabía que decirle. “Yo la dejé sola cuando pude acompañarla, yo fui un cobarde que la estimaba mucho pero que nunca la defendió, yo siento el corazón en llamas por la culpa, no soy mejor que quienes le hicieron aborrecer sus días bajo el sol”. ¿Cómo podría decirle tal cosa? ¡Me habría odiado por eso! Él no me había preguntado por las cosas que sufrió ella mientras estudiaba, y yo no sabía si ella le contó que sufría de matonaje en el liceo. ¿Para qué poner ese tema en conversación? ¿Para qué contarle que no la ayudé cuando me necesitaba? Como

sea, tenía a un hombre destrozado del otro lado del computador, y debía decir algo. Con la culpa y el dolor que yo sentía, aun así, algo debía decirle. Sé que es común decirle a alguien que está sufriendo: “te entiendo, se por lo que estás pasando”, pero sería un mentiroso si dijera tal cosa, y pensé que yo me molestaría si alguien me tratara de consolar así, porque sería como tratar de decir “tu problema no es tan grave, todos hemos pasado por eso”. No, no podía decirle eso. Le dije “lo siento mucho. Sé que no alcanzo a comprender lo mal que te sientes. Llórala, deja salir tu dolor, no lo contengas, que te aras daño si lo ocultas. Pero piensa también en que debes ser fuerte, y no detener tu vida por lo que ocurrió. Por ahora llórala, deja salir lo que sientes dentro”.

Hubo un momento sin que él me respondiera. Posteriormente me dijo que yo tenía razón, que no podía saber el gran dolor que él sentía. Me dijo que había llorado mucho, que sentía pena, culpa, odio, mucho... Mucho odio. Él deseaba que el pololo de Javiera hubiera quedado vivo, para poder matarlo con sus manos. “Yo sé que lo haría”, me aseguró. Yo le creía. El impacto emocional de saber que él, el pololo de su amada, la había acecinado, a su Javiera, era terrible. No importaba que ella haya estado de acuerdo o no (pues la hipótesis planteaba un suicidio en conjunto), él la mató y Eduardo le tenía un odio horrible, y sé que eso le destrozaba el corazón.

El resto de la conversación con Eduardo me continuó dejando helado. Él estaba destruido, y solo le pude animar a que no se hiciera daño, y que llorarla en demasía tampoco estaba bien. El respondía positivamente a lo que yo le decía, pero sé que no buscaba consejos, sino solo alguien con quien desahogarse.

Terminada la conversación, me acosté en mi cama, con un sentimiento extraño, es como cuando algo del mundo te decepciona, pese a que siempre supiste que era así, es como esas cosas que hacen que pierdas la esperanza en el mundo, pese a que sabías que no debías poner tus esperanzas en él.

Pensé en Javiera. No fuimos amigos, pero era una niña agradable. Me conversaba de sus planes, ella quería estudiar en la universidad, quería ser enfermera. La depresión, y quizá cuantos otros problemas, apagaron sus sueños y se llevaron su

vida, extinguiendo para siempre su voz de esta tierra. ¿Es justo? No. Y, después de todo, no vale la pena esperar justicia en este mundo. Hace mucho tiempo que tengo cierta manera de pensar, y es que uno no debe esperar que el mundo sea justo, que las personas sean bondadosas. No vale la pena pensar en cambiar el mundo, en cambio, uno si puede ser justo y bondadoso ¿Para qué esperar que una persona sea bondadosa, para que ayude a la persona que tenemos al lado, cuando nosotros mismos podemos ayudarla?

Los días desde esa conversación pasaron, y las emociones del momento que tuve al conversar con mi amigo, se fueron pasando, y ahora poco subían a mi mente. Ahora estaba pensando en los trámites para renovar mi beca y matricularme en el Instituto Profesional. Iba a empezar mi segundo año de Técnico En Prevención De Riesgos, y al finalizar el año ya podría trabajar en lo que había esperado, como prevencionista, pensando a futuro poder trabajar en las minas del norte. Estaba arrendando una pieza en Chillán, la ciudad donde estudiaba, y estaba ganando por fin un dinero que me tenía conforme. Vendía suplementos a los estudiantes del instituto, para la concentración. Los suplementos se venden como pan caliente en los centros de educación superior, siempre hay jóvenes y adultos que quieren rendir más en los exámenes y no pueden, pero tienen el dinero para comprar los suplementos. Conseguía líquido unos 350 mil pesos al mes, lo que solo para mí me venía muy bien.

Y así continué envolviéndome en mi ritmo de vida, hasta que empecé a confundir los sueños con la realidad: uno sueña todas las noches, y cuando uno se acuerda de un sueño, se acuerda de lo que fue: simplemente un sueño. Pero yo empecé a confundirlos, y si por ejemplo algún amigo me había hablado algo en un sueño, más tarde, mientras hablaba con él en la vida real, le mencionaba lo que me había mencionado antes, sin saber que había sido un sueño.

La situación empezó a empeorar, hasta que un día tuve miedo de salir a la calle. Sabía que algo me pasaba, tenía mucha información en mi cabeza, muchos recuerdos, y no sabía que era real y que había sido un sueño. Tenía miedo de hablar

con alguien, y que se diera cuenta de que hablaba incoherencias, y que no percibía bien la realidad. No quería que me tildaran como un loco.

Solo a 4 días de que mi problema empezó, me decidí a ir de urgencia al hospital. ¿Por qué pensar en ir al hospital? Había soñado que mi habitación se estaba quemando, y que había llamado a los bomberos. Luego desperté, y no sabía si había sido un sueño. Luego de inspeccionar repetidas veces la habitación, no encontré rastros de incendio alguno, por lo que razoné que debió de ser un sueño. A los 5 minutos llegaron los bomberos. Golpearon la puerta de la dueña de la casa, y preguntaron por la llamada de incendios. Ella dijo que no había ningún incendio, y que no había llamado a nadie. El bombero se fue molesto, no con ella, pero si con el idiota que, según aseguró el bombero, ¡Llamó 8 veces para avisar del incendio!, y después de todo había sido broma.

La señora Julia me preguntó si yo había llamado a los bomberos, y le dije que no, incluso fingí sorpresa. Ella sonrió y se fue. No creía que yo lo hubiera hecho, aun me veía como alguien sano.

Fue por esa ocasión que me decidí a ir a Urgencias al hospital, pero me vino un cansancio y un sueño profundo, que me hizo dormir en cuestión de pocos minutos. No fui a ningún hospital. Al despertar al día siguiente, me preocupé por mi situación: ¿Qué pasaría con mis estudios? Ya iba a terminar febrero, y entraba a clases el 15 de marzo (justo para mi cumpleaños tristemente) y no me atrevía a ir en el estado en que me encontraba. Ni siquiera podía pensar bien, tenía sueño en todo momento, y dormía unas 20 horas al día. De pronto despertaba de día, y me quedaba dormido. Otras veces despertaba de noche, y me volvía a quedar dormido. Casi no podía pensar en nada, y me atormentaba la idea de que algo terrible le estuviera pasando a mi cerebro.

Una mañana me despertó la alarma de mi celular. Dejó de sonar, pero para que no volviera a despertarme, le quise apagar la alarma. Por más que busqué el celular en mi velador, no estaba allí. Mi sorpresa fue más grande cuando me acordé de que ese sonido de alarma, era el sonido que le tenía a un antiguo celular hace 3 años

atrás. Cuando encontré mi celular, que estaba en el baño, no tenía ninguna alarma. ¿Qué me despertó entonces? ¿Tan reales eran mis alucinaciones? Al rato el sueño me hizo dormir.

Para cuando desperté, debieron ser las 14 horas. El día estaba bastante nublado, según percibía por mi ventana. Tenía mi mente confundida aun, pero sé que me levanté, me bañé, me tuve que abrigar más de lo acostumbrado, pues sentía frío, y me preparé algo para comer, todo esto lo hice con mi mente muy confundida.

Después de haber comido, lentamente, como con la vista perdida, me quedé mirando la mesa. Me pareció extraña, se veía diferente. Miré el color del comedor, y ¡era blanco! Solo hace unos días era verde claro, y no me acordaba en qué momento lo pinté. Luego miré el plato que estaba usando, y lo desconocí. Me parecía desconocido, y a la vez conocido. Era algo confuso.

Miré mí alrededor y observé todo en silencio, lamentando mi estado mental. Serré los ojos y afirmé mi cabeza en la fría mesa, y luego de muy poco tiempo, me dije: “¡Ya me siento bien! ¡No hay más confusión en mi mente!” Pero miré la habitación y me volví a confundir. Ya no sentía los recuerdos confusos, pero no sabía cómo había cambiado tanto la pieza que arrendaba. Luego tuve una idea muy loca: esa habitación era la que arrendaba en Parral, la ciudad en la que cursé mi enseñanza media.

Miré las cortinas, el piso, el plato que tenía en frente de mí... Sí, era mi antigua casita. Esa casa era muy pequeña, de un piso y medio, pero de solo 3 metros de ancho por 6 de largo. Me puse a mirar toda la estructura, y la tocaba para estar seguro de que lo que veía era real. ¿Me estaba volviendo más loco aún? Tenía miedo de estar empeorando. Entre esos pensamientos me acosté, y pensaba mientras me hacía lulitos con el dedo en mi cabello. Ya casi no me acordaba de lo agradable que me parecía acariciarme el cabello... ¡Pero si yo tenía el cabello corto! Corrí para verme en el espejo, y vi mi cabello enrulado, que me llegaba hasta los hombros. No lo podía creer. Tenía el cabello largo y estaba un poco más delgado que antes. Y digo un poco, porque por un tiempo me permití engordar mucho, y

solo cuando compré una maquina trotadora para hacer ejercicio, empecé a adelgazar, pero solo estaba empezando a adelgazar, pues aun pesaba 89 Kg para cuando estaba en el I.P., lo que para mí estatura de 1,79 cm era demasiado, pero ahora me miraba y debía pesar solo unos 80 Kg.

Todo era diferente... Y tan real, que no sabía que creer. De pronto escuché unos ruidos, y miré por la ventana, y vi a la anciana que me arrendaba la casa en Parral. Se veía tal y como la recordaba. Estaba con un delantal, posiblemente estaría haciendo aseo en su casa. Puse atención en mi ropa, la que yo mismo me había colocado hace un rato al levantarme, y era mi ropa antigua, con mis antiguos pantalones pitillos llenos de parches.

Me decidí a salir de la casa, y observé que efectivamente estaba en Parral, solo que todo se veía diferente: las casas estaban destruidas, había escombros por todas partes, algunos postes del alumbrado eléctrico estaban caídos en la calle, y los vehículos pasaban lentamente mientras los esquivaban. Ver esos vehículos, como pidiendo perdón por haber nacido, con los parabrisas quebrados, las latas unidas, como si los hubieran chocado de todas direcciones, lo tenía muy gravado en mi mente: así estaba mi ciudad, y todas las de la zona central de Chile, en los días siguientes al terremoto del 27 de febrero de 2010.

Posterior a eso, sé que me quedé dormido otra vez. Para cuando desperté tenía el cabello igual de largo, y estaba un poco gordo. Vestía un pantalón de colegio, zapatillas y un polerón negro. Me di cuenta de lo que significaba: estaba en "el Liceo". Ese era mi antiguo uniforme, no el real, pero así iba yo al Liceo a los 19 años de edad. Vi la fecha en mi celular, y decía "01 de marzo del 2011". Estaba solo un año en el pasado, y como aun no estábamos a 15 de marzo, aún tenía 18 años, pero ¿Podía ser así? Busqué una explicación lógica a los asuntos, y no la encontré. Revisé mis cuadernos, y eran los que yo tenía en ese tiempo, era obvio, podía reconocer los dibujos que había hecho en él, aun cuando ni siquiera iba a mi primer día de clases, que debía ser justo ese, el martes primero de marzo.

No sabía que pensar. Se suponía que yo estaba viviendo en Chillán y ahora volvía a estar en Parral, con algo más de un año menos en el cuerpo, y aparentemente, listo para ir al Liceo a mi primer día de clases. Otra vez miré por la ventana, y vi a la anciana que me arrendaba la casa. Afuera, en la calle, estaban las huellas del terremoto, es decir, había grandes espacios de terreno vacíos, donde una vez hubo una casa. Ya no había escombros, y la ciudad se estaba reconstruyendo. Definitivamente estaba en el pasado.

Me sentía bien, con fuerzas en mi interior, por lo que a pesar del día nublado, tenía ganas de salir. ¿Para dónde? Ni idea, no tenía nada que hacer. Busqué mi billetera, y tenía 35 mil pesos. No era mucho, pero planeaba gastarlo. Me cambié de ropa y fui a la peluquería y me corté el cabello, al estilo que lo tenía en el I.P. Antes, en mis tiempos del liceo, yo usaba el cabello largo, y con mi enulado natural, que me lo corté luego cuando estuve ven el instituto, pues simplemente quería cambiar de estilo.

Pasé a comer una piza, recorrí la ciudad, callado, lentamente, observando todo como si fuera turista. Cuando pasé por la farmacia me acordé de los suplementos para la concentración. Si tenía 18 años de edad y era el año 2011, yo trabajaba vendiendo pizzas en mis ratos libres y ganaba lo suficiente para vivir, y nada más. Mi primer computador me lo compraría recién en el verano del 2012. “¿Y si vendo suplementos?” Se me pasó por la cabeza, pero, ¿A quién? A nadie en el Liceo le interesaría comprar un suplemento para la concentración, y la mayoría ni siquiera tendría el dinero para hacerlo. Me acordé que había una pequeña universidad en parral, y que podría venderlos ahí.

De pronto me encontré haciendo planes, como si nada hubiera ocurrido, cuando yo estaba en el pasado, y eso ¡Definitivamente no era normal! Caminaba hacia mi casa, cuando sonó mi celular:

—Haló, ¿Francisco?

—Sí Edi —así es como yo le decía a Eduardo—, soy yo. Dime ¿Qué pasa?

—Oye, te avisaba de que hoy no vamos a trabajar, porque hubo un problema con los horarios o algo así.

— ¿Horarios? ¿De qué?

— ¿Cómo que de qué? ¡De los pedidos de piza idiota!

— ¡Ha! ¡Claro! ¡Los pedidos de piza! ¿Bueno y cuándo empezamos?

—El lunes de la otra semana compadre, sin falta dijo el jefe.

—Está bien, el lunes. Gracias por avisar.

—De nada Francisco, ya te tengo que cortar porque le voy a avisar a los otros.

—Ya corta nomas, se te agradece igual la llamada.

—Ya, chao Francisco.

—Chao Edi.

¿Qué fue eso? De pronto sentí como si supiera de qué me hablaba. Estaba confundido. Dudaba si decírselo a Camila, mi amiga, pero no podía decírselo a nadie. ¿Qué volví en el tiempo? Nadie me creería. Me decidí a fingir que nada pasaba, y mañana iba a ir al Liceo.

Al llegar al liceo, vi a mis ex compañeros, que ya los encontraba inmaduros cuando estaba en cuarto medio, y ahora que volvía otra vez estar en cuarto medio, después de haber estado el I.P., los encontraba doblemente inmaduros. Para mi mala suerte, estaba en cuarto medio, justo el año en que mis amigos no estaban en el Liceo, así es que solo me juntaba con una amiga y las amigas de mi amiga, que me caían muy mal, muy mal, las encontraba histéricas, presumidas, y molestosas, a, claro, y muy groseras, groseras al máximo. Me desagradaba escucharlas, hablaban y hablaban, y me tenían harto.

Saludo a mi amiga, a Camila, ella me saluda, hablamos sobre lo que hicimos de vacaciones, y le conté que solo había trabajado, durante todas las vacaciones. Le

iba a decir lo que había hecho en Chillán, pero aquí aun no tenía para cuando ir a esa ciudad, por lo que le dije que trabajé y que no fui a ninguna parte. Al decirle algo tan aburrido, no me siguió preguntando y me hablaba de sus mágicas vacaciones en Pelluhue y en Santiago, la Capital. Al rato llegaron las “Chuquillas”, como le decía yo en mi mente a sus amigas, en honor a Chucky el muñeco diabólico.

— ¡Hola Camila! ¡Tanto tiempo sin vernos!

—Hola Marión, ¿Cómo estás?

—Bien, gracias amiga.

—Hola Camila ¡Estás más regia que nunca!

Y así siguió Camila saludando a las Chuquillas “hola Dani” y “hola Fanny”. Después de que las Chuquillas conversaron un rato con ella, una lanzó la indirecta “no falta el desubicado que no saluda... Ni que una fuera invisible”. La miré y le dije:

—Los que llegan tienen que saludar. —Fanny me miró y continuó—

— ¡Haber Francisco! ¡¿Que te has creído tratándome así?! ¡Estás bien creído que puedes llegar y hablarme...! ¡A mí! Desubicado, ¿Tanto te cuesta saludar acaso?

—Mira, no te hagas la inocente, que tú sabes que tú tienes que saludar. Si no me vas a saludar entonces no me hables

— ¿Hablarle yo? ¡Ahora sí que es el colmo! ¡Parece que te hicieron mal las vacaciones! Llegaste harto creído... ¡Y no te pienso hablar!

Después de eso seguí estando en mi puesto sin mirarlas, mientras ella me seguía criticando con sus amigas, y Camila no me defendía para nada, solo se quedaba callada. “Ese ordinario... ¿Qué se ha creído? ¡Se cree muy importante la basura!” Uf, recordé lo que era tener que soportarlas. Comúnmente no se volvían tan histéricas, porque yo trataba de hacer lo posible para que no estallaran, pero después de haber estado con gente más madura en el I.P. me parecía una estupidez y ordinariez de niña chica lo que ella estaba haciendo, y no podía dejar

que me pasaran a llevar. Pero discutir con una mujer no es simple. Corres el riesgo de que otras mujeres, sin saber porque discutes, te lancen garabatos y defiendan a la otra mujer, es como un acuerdo femenino sin palabras. No importa lo muy bruja que sea una mujer, entre mujeres se defienden igual, por lo que traté de ser razonable.

Me siguieron criticando y eso fue todo mi plan. ¿No es un gran plan? Bueno, yo sé que me habría traído problemas discutir más con ellas, no tengo dudas de eso.

Me quedé impresionado cuando vi a Javiera. Yo sabía que había muerto, pero ahí la tenía, completamente viva. Fue una sensación extraña, mi impulso natural era avisarle lo más rápido posible sobre lo que iba a ocurrir... De que iba a morir, pero sonaría muy estúpido. ¿Qué le diría? ¿Qué vengo del futuro y que por eso lo sé?

Algo más me ocurría. Todo a mí alrededor se veía muy real, todo tan real, que empezaba a creer que este era el mundo real, y que nunca estuve en el futuro, y que mi enfermedad mental era la que me hacía suponer que venía del futuro. Hice un esfuerzo por recordar el futuro, y los recuerdos eran extraños, me parecían como un sueño, confusos, y no sabía si es que venía del futuro o simplemente estaba loco. Sabía que últimamente había estado dudando de la realidad, y que mi estado mental era deplorable, por lo que no le hable a Javi de nada sobre un futuro en el que su vida peligraba.

Vivir Los Problemas Del Pasado, Otra Vez, Y Peor

Al llegar a mi casa, otra vez, todo me parecía tan cercano, que parecía que nunca me hubiera separado de esa casa que arrendaba en Parral. ¿Vendré del futuro? ¿Estoy loco?, después de escuchar mis palabras, deducía que por el solo hecho de preguntarme esas cosas, definitivamente yo no estaba bien. Algo me pasaba, pues nadie se hace preguntas tan estúpidas como ¿Vengo del futuro? ¿Vengo del pasado? ¿Vengo de Venus? ¿Seré Michael Jackson?... Por el solo hecho de preguntarse algo así ya una persona parece loca, y tenía que comprobar si estaba loco o venía del futuro.

Si yo venía del futuro, lo natural es que ayudara a Javiera para que no se suicide. Para lograrlo, tendría que ser influyente para ella, y hacerme su amigo: ¡Ahí estaba el peligro! ¡Odiaba a su amiga Coni! Y no solo eso, si no que en nuestra clase, Javiera y Coni son las “Odiadas”. Cualquiera que hable mucho con ellas compartirá con ellas la tortura de las burlas, las bolsas con cloro en el cabello, los escupos en los asientos... Y yo no quería pasar por eso. No podía acercarme a ellas sin estar seguro de que Javiera realmente me necesitara, pues si resultaba que solo estoy loco y que ella nunca se suicidó en el 2013, me enfrentaría en vano al matonaje escolar por acercarme a las Odiadas.

El día siguiente de clases me lo tomé libre. Tenía 25 mil pesos y tomé un bus a Chillán para enfrentar la realidad, sea cual fuere. Si venía del futuro, debería conocer la ciudad, porque estudié y viví un año en Chillán. Antes de irme a vivir a Chillán, yo solo sabía ir del terminal al Centro Comercial y al revés. Por lo que no sería capaz de ir a mi antiguo Instituto, el Ñuble. De hecho, yo solo escucharía hablar de él varios meses en el futuro, por lo que ahora no tenía como saber de él, por lo que si todo era mi imaginación, el Ñuble no debería existir.

Llegué a Chillán, y casi por instinto tomé un taxi colectivo al Ñuble, el de la línea 35. ¿Cómo supe lo de la línea 35? En mi mente figuraba también el “17 color café”, ¿Simple imaginación? Al llegar al Ñuble, mi Instituto Profesional, era tal y como lo

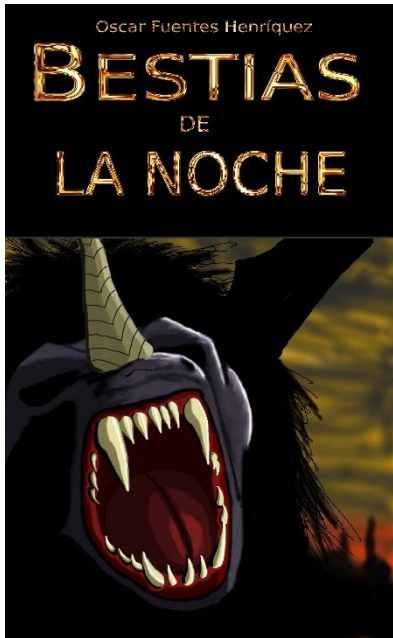
recordaba. Tuve una emoción tan grande al entrar y reconocer a la niña de asuntos estudiantiles... ¡Que solo la conocería hasta dentro de un año! Ella era muy simpática y siempre me atendía bien. Quería saludarla y conversarle... ¿Pero de qué? Estaba muy emocionado. Todo era igual.

Al salir del I.P. tomé la micro “Agronomía 3” —“micro” es como le decimos en Chile a el micro-bus, un bus más pequeño del común que se usa generalmente en el transporte interurbano, las “micros” son los buses urbanos— como por instinto y llegué al Mall Plaza El Roble, que es el Centro Comercial de Chillán. Subí al cuarto piso, el de comida, y pedí una pizza, y vi el anuncio de “miércoles 3x1” para las pizzas. Ahora ya estaba convencido de que yo viví en Chillán, y efectivamente, venía del futuro.

De regreso a Parral aún estaba confundido, o más bien indeciso. En esa 1 hora de viaje en bus a Parral, pensaba en Javiera y en lo profundo que me llegó la conversación con Edi, cuando me decía que su amada se suicidó. Pensaba en las cosas que tendría que pasar para hacerme amigo de Javiera... Y no era nada agradable el futuro que me esperaba. Era extraño porque... Yo sabía que tenía que hacer lo posible por salvar a Javiera, y si tenía que sufrir de matonaje escolar por ayudarla, salvar su vida era más importante... ¡Porque es una vida! Aun cuando nunca fue mi amiga... Pero a la vez no quería salvarla, porque no quería tener que ver interrumpida mi pacífica vida por salvarla... Es decir, sabía lo que *debía* hacer: salvarla, pero una gran parte de mí no *quería* hacerlo.

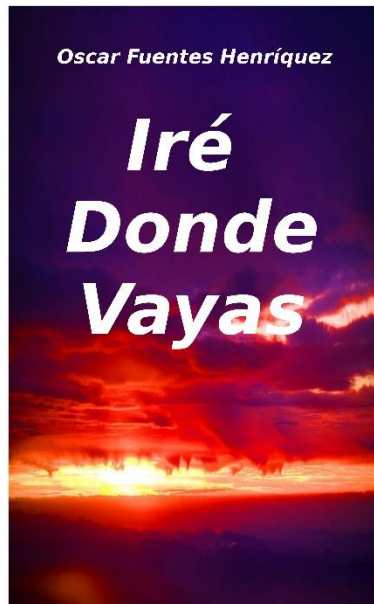
Hasta aquí la versión gratuita. Este libro está disponible en formato moby en www.Amazon.com

Otros títulos del autor disponibles en Amazon



Bestias De La Noche

Los "Sib" son un pueblo de humanos con alas, muy incivilizado, que no tiene contacto con los humanos, y viven en las cimas más altas de las montañas. Pero unas bestias aladas gigantes han llegado desde el sur, y los sib tendrán que luchar para sobrevivir de ellas, y en el transcurso, de los peligrosos humanos. Para poder sobrevivir al azote de las cientos de miles de gigantes bestias nocturnas, que devoran todo a su paso, y que cuando aparecen cubren todo el cielo, hasta donde alcanza la vista, los sib tendrán que modernizarse a paso agigantado, y descubrir cuan fuertes son, para sobrevivir a la extinción.



Iré Donde Vayas

En medio del exterminio de la humanidad por parte de una raza humanoide muy avanzada, Fernando se oculta junto a Isabel (una joven vecina de su villa) en una casa rural que les servirá de refugio. Per Isabel está muy débil, y Fernando tendrá que cuidarle y atenderle hasta en las funciones más básicas de la vida, mientras continuamente tiene que ir a la ciudad por provisiones, y enfrentarse a hordas de humanos modificados, usados por los humanoides para acabar con la humanidad, y enfrentarse también a los temibles exterminadores. Entonces, sumidos en la soledad, entre ellos nace un amor muy especial, dedicado y sufrido, pero a la vez muy fuerte.